

Recuerdos de mi experiencia postdoctoral

Oscar Zaragoza Hernández

Laboratorio de referencia en micología. Centro Nacional de Microbiología. ISCIII.
Crta. Majadahonda-Pozuelo, Km 2. Majadahonda. 28220 Madrid, Spain.

ozaragoza@isciii.es



Sólo he visto llorar a mi padre cuatro veces: dos por fallecimiento de familiares, una por razones que no vienen al caso, y la cuarta el día que partí hacia Nueva York para comenzar mi estancia postdoctoral. Mi madre también lloró, aunque ella es de lágrima fácil. Ese es uno de los momentos que más recuerdo de aquella etapa, y que me hizo darme cuenta que aquella aventura que comenzaba tenía dimensiones mayores de las que había imaginado.

Foto 1. Fotografía en la entrada del Albert Einstein College of Medicine.

LOS PRELIMINARES

Aunque no llegué a Nueva York hasta finales del año 2001, mi estancia postdoctoral fue un proceso que comenzó antes con los consejos que recibí por parte de **Carlos y Juana María Gancedo**. Durante meses traté de decidir si quería irme fuera de España para hacer un “postdoc”. Aunque sabía que debía hacerlo, el apego a mi familia, la incertidumbre por el futuro, el peso de la tradición de mi generación, que hace que tengamos miedo a abandonar el lecho familiar sin trabajo fijo ni piso a estrenar, y otras razones me impedían decidirme. Y no lo habría hecho sin el apoyo de Carlos y Juana María. “*Creemos que debes hacer una estancia postdoctoral en el extranjero porque eres competitivo*”, me dijeron. Esas palabras fueron el impulso definitivo que necesitaba. Carlos comenzó a preguntar cuáles eran los mejores investigadores del campo de las infecciones fúngicas. Así consiguió una lista en la que destacó un nombre: **Arturo Casadevall**. Gran productividad y laboratorio en Nueva York, ciudad que soñaba con conocer. ¡Parecía ideal! Le envié un correo preguntando la posibilidad de incorporarme a su grupo, y me contestó al cabo de pocos minutos. Recuerdo que sufrí algo de taquicardia, ya que aquellas líneas que me disponía a leer podrían cambiar el rumbo de mi vida. ¡Y vaya si lo hicieron! Arturo Casadevall escribió un correo agradeciendo mi interés y preguntando por personas de referencia. Él también me envió el nombre de personas a las que me invitaba a contactar para que me dieran referencias sobre él. Este detalle me hizo darme cuenta que estaba tratando con una gran persona. Finalmente, y tras varios correos, me confirmé que podía incorporarme a su grupo.

Durante los días previos a mi partida sólo pensaba con gran tristeza en cómo meter 27 años de vida en dos maletas de 22 kilos y un bulto de mano. Mi madre solucionó ese problema y me proveyó de lo esencial, aunque todavía no entiendo cómo pudo acoplar también casi cuarenta pares de calcetines, alguno de los cuales conservo aún sin estrenar. Al menos tenía la tranquilidad de que Marimar (novia entonces y actual esposa y madre de mi hijo) viajaba conmigo para ayudarme a instalarme. En medio de los preparativos, ocurrió un suceso que conmocionó al mundo, los atentados del 11-S. Recuerdo que esos días intercambié con el que iba a ser mi futuro jefe unos correos muy emotivos, cuyo contenido queda entre nosotros. Curiosamente, mi visado fue sellado el día anterior, con lo que no tuve problemas burocráticos. Ese acontecimiento elevó no solo mi nivel de nerviosismo, sino también el de mi familia, e hizo que los días previos a mi partida tuvieran connotaciones casi dramáticas. Sin embargo, la decisión estaba tomada, y llegué a Nueva York el día 4 de octubre de 2001.

LLEGADA A NUEVA YORK

Marimar sólo se quedó conmigo las dos primeras semanas, y sin ella todo habría sido más difícil. El estudio que me había sido asignado estaba totalmente diáfano, sin nada que ocultara un centímetro cuadrado del parquet. Ella fue quien lo amuebló con los requerimientos mínimos, lo que facilitó mi adaptación. El día que regresó a España fue uno de los más tristes de mi vida, y a partir de ahí debía encarar una nueva etapa sólo. ¡Y no fue fácil! Recuerdo que al principio los viernes estaba deprimido, ya que llegaba el fin de semana y la soledad. Los domingos por la tarde, en cambio, la idea de volver a ver a mis compañeros me volvía a animar.

Cuando pasaron las dos primeras semanas (las cuales dediqué a establecerme), llegó el día de mi incorporación, pero tras la primera media hora en el laboratorio, estuve a punto de regresar a España. No entendía a la mitad de mis compañeros por su acento, y además, me enteré que la manera de comunicarse con el jefe era por correo electrónico, o previa cita con la secretaria, algo que no entraba en mi cabeza. Pero resistí mi primer impulso y decidí incorporarme a aquella rutina. Con el tiempo, terminé considerando aquello como normal.

MI RELACIÓN CON EL JEFE

MI primer encuentro con Arturo Casadevall marcó mi opinión sobre él y nuestra futura relación. Yo esperaba que me explicara el proyecto en el que iba a trabajar. Pero para mi sorpresa, su primera frase fue una pregunta: “*What do you want to do when you leave my lab?*” Nunca me hubiera esperado esa pregunta, con lo que le contesté lo primero que me vino a la cabeza. A continuación expuso cuál era su visión de cómo debía orientar mi trabajo para reforzar mi formación. Me pidió que durante los primeros días hablara con la gente del laboratorio, y decidiera qué proyecto quería desarrollar. Al cabo de una semana, nos volvimos a reunir y discutimos unas ideas que había tenido. Entonces me dio mi primera lección de inmunología, y usando un papel que tenía suelto por el despacho, me explicó el llamado *Damage-Response Framework*, que es un nuevo marco conceptual que explica las relaciones patógeno-huésped (Nat. Rev. Microbiol. (2003) 1:17-24). Todavía conservo aquel papel (Figura 2) como conservo primeras ediciones de Pasteur, Cajal y una postal de Koch. Comencé a trabajar en aquel proyecto, basado en microarrays, pero también en otros más menos ambiciosos para aprender determinadas técnicas. Tras seis meses, decidí abandonar los *microarrays*, que sólo me daban problemas y dolores de cabeza, y me concentré en los mini-proyectos, que a la larga fueron muchos mucho más productivos. Aquella fue una de las decisiones más acertadas de mi estancia allí.

Desde aquella primera reunión tuve una gran admiración por Arturo. Siempre fue un hombre afable, humilde, comprensivo. Siempre tuvo palabras de aliento, hasta el punto que un día le dije que por favor dejara de halagarme y sólo me dijera cuando no estaba contento con mi trabajo. Recuerdo una vez en que todos mis resultados eran erróneos por mal diseño de un protocolo. Se lo comuniqué a Arturo con cierto miedo, y aunque no esperaba una bronca acalorada, sí esperaba un toque de atención para que no cometiera esos errores de principiante. Nada más lejos de la realidad, ya que su respuesta fue: “*I am very happy that you found out about this, and I am sure that now it will work*”. Ésa era su manera de motivar a su gente, y por ello, no me importaba trabajar ni fines de semana ni durante la noche. Arturo se levantaba muy temprano, y a las tres y media de la madrugada ya estaba trabajando. En varias ocasiones nos intercambiábamos mensajes a las 4 de la madrugada, al final de los cuales me ordenaba me fuera ya a dormir, igual que haría un padre con su hijo. Por supuesto, también tuvimos nuestros desencuentros. Ahora me avergüenzo de mis reacciones soberbias e irrespetuosas en aquellas situaciones. Pero también entonces Arturo me demostró su categoría humana, ya que nunca utilizó su jerarquía como jefe para imponer su criterio, y siempre trató de solventar la situación de la manera más satisfactoria. Solía reunirme con él una vez a la semana para discutir el trabajo.

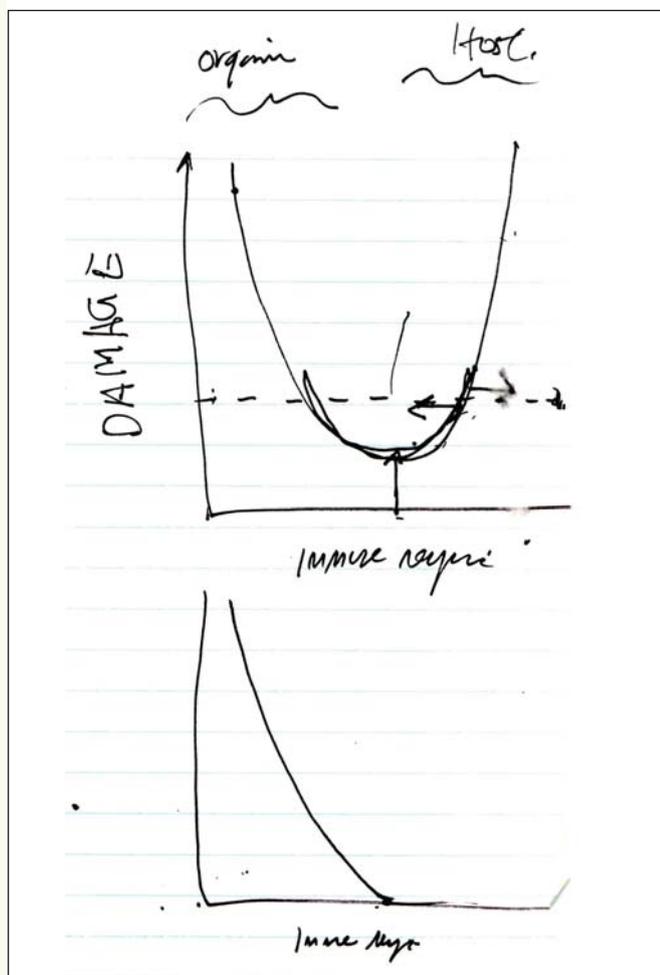


Foto 2. Representación gráfica del Damage Response Framework. Esquema original de Arturo Casadevall.

Pero muchas veces usábamos ese tiempo para hablar política, economía, etc. Y me contaba historias de su vida que le habían enseñado algo, como la historia del manicomio de la Habana o la historia de la piscina, las cuales recuerdo con enorme cariño. Además, todos los días pasaba por el laboratorio antes de irse a casa. Recuerdo que se sentaba a mi lado, con los pies encima de otra silla, y hablábamos un rato. Resultó que varios de mis artículos se originaron en esos momentos en los que sus pies estaban a la altura de la cadera. Dejé su laboratorio cuando me concedieron un contrato “Ramón y Cajal”. Cuando se lo comuniqué, fue muy directo: “I know that you don’t like compliments, but I am very proud of you”, palabras que casi me hicieron llorar. El día de la despedida quise darle las gracias, pero comencé a llorar y no pude articular palabra. Me abrazó, y se fue diciendo simplemente “It’s hard”. Aunque entonces fue muy triste, creo que mi estancia allí no pudo terminar de mejor manera.

EL CENTRO DE TRABAJO

El laboratorio estaba situado en el Albert Einstein College of Medicine, que es un centro de primera línea para rea-

lizar investigación dónde tuve todos los recursos para llevar a cabo mi trabajo, incluso tecnologías de última generación. Además, aprendí mucho sobre Albert Einstein, figura que despierta en mí una gran curiosidad intelectual. Aunque el Centro estaba situado en el Bronx (barrio tabú para turistas) yo me movía por sus calles con total confianza y le llegué a coger cariño. Bien es verdad el Bronx no es sólo lo que sale en las películas, y el Einstein está situado en una de las zonas “buenas”. Vivía en la residencia de postdoctorales, que era un edificio antiguo con muchos problemas. Pero en mi estudio llegué a sentirme casi como en casa, con estampitas de la Virgen que me había dado mi madre, fotos de amigos, y mil recuerdos de España que Marimar iba dejando por las paredes y estanterías cada vez que me visitaba.

Aunque mi rutina diaria la realizaba en el Bronx, iba a Manhattan con gran frecuencia. Mis primeros recuerdos están asociados al ambiente creado por el 11-S y posteriores ataques con carbunco, pero enseguida me di cuenta que Manhattan tenía una enorme potencia cultural. Además de ver muchos shows de Broadway, me hice aficionado a la Ópera, y todos los años veía decenas de representaciones. Incluso Plácido Domingo me firmó su biografía y pude cruzar unas palabras con él. Fui a toda clase de restaurantes y cada vez que probaba una comida nueva era una gran experiencia. Me aficioné a correr, y llegué a clasificarme para la maratón de Manhattan, algo que espero realizar algún día. Y miles de otras experiencias. Hago énfasis en este aspecto porque la ciudad y el entorno durante el postdoctoral tienen una gran influencia en el estado de ánimo, y por tanto, en el trabajo.

Nunca podría haber disfrutado tanto mi estancia postdoctoral sin las amistades que nacieron allí. He pensado mucho en la razón por la que surgieron lazos tan fuertes y he llegado a la conclusión que la razón es porque actuábamos como familia. Mis mejores amigos surgieron a partir de un accidente que me obligó a pasar por el quirófano. Fue entonces cuando aparecieron una serie de personas con las que forjé una enorme amistad. No había día en el que no nos juntáramos para cenar, o ir al cine, o cualquier otra cosa que nos ofreciera Nueva York. Sara, Irene, Andrés, Sara G, Gemma, Nareen, Daniel, Jose, Loles... Ninguno vive en Madrid, pero siguen siendo mi núcleo de amigos más íntimos.

La distancia con mi familia y mi novia fue sin duda el mayor punto negro de mi estancia allí. Pero fue esa distancia la que hizo que todos los años me visitaran mis padres (y mi hermano en alguna ocasión), y pudiera hacerles de guía, no sólo en Nueva York, sino también en el Gran Cañón, Las Vegas, Washington, y otra decena de lugares que mis padres nunca habrían conocido de otra manera. Igualmente, la distancia con Marimar hizo que disfrutáramos de nuestros encuentros de manera especial, lo cual contribuyó a afianzar nuestra actual relación.

Ya han pasado más de cuatro años desde que regresé a España, y en retrospectiva creo que fui afortunado en todos los aspectos que involucran una estancia postdoctoral: elección del grupo (en lo que el consejo del director de tesis es una ayuda inestimable), entorno que me rodeó, amistades, relación con el jefe y desarrollo del trabajo. El tiempo que pasé en Nueva York me ayudó a crecer, no sólo como investigador, sino también como persona. Las experiencias que viví y los amigos que encontré siguen siendo parte de mi vida actual, amigos entre los cuales tengo el privilegio de contar ahora con Arturo Casadevall.